Ojos que te ven

Celeste Auger

Image not found.

Capítulo 1

CAPÍTULO 1.

1.

Owen Casey no supo exactamente qué fue, pero él supo que aquella casa era rara desde el primer momento en que sus pies se posaron sobre el asfalto y sus ojos se clavaron en el edificio frente a él.

¿Qué sería? A simple vista la casa era bastante simplona; un rectángulo de ladrillos rojos con marcos blancos en las ventanas y una puerta del mismo color; un techo de tejas rojas o rosadas según cómo le diera la luz, y un jardín bien cuidado. Hasta un gnomo regordete y feliz saludaba a Owen con la mano y, aunque sonara así, no era nada espeluznante ni del otro mundo. Lamentablemente, la casa era normal.

Claro, eso sí, si no te fijabas en el colgante de vidrios rotos que entrechocaba y soltaba música con el suave viento, o la veleta de un ojo que giraba sin cesar en direcciones extrañas.

Pero fuera de eso, no había nada extraño, raro ni peculiar con aquella casa. Todo lucía aparentemente normal y, sin embargo, a Owen le parecía como si hubiese algo fuera de lugar. Como si algo extraño anidase dentro a la espera de atacar.

—¿Vas a quedarte ahí parado para siempre o nos vas a ayudar? —cuestionó impetuosamente su hermana melliza, Opal, parándose frente a él con una mano en la cadera y la otra sosteniendo su bolso de ropa a la espalda. Su pose revelaba impaciencia y Owen se dijo a sí mismo que no era buena idea hacerla enojar en estas circunstancias especiales, sobre todo cuando estaban mudándose.

Asintió titubeante y Opal caminó hacia la camioneta, la coleta color miel balanceándose de un lado al otro a cada paso que daba sobre el descuidado asfalto. La camioneta verde estaba hasta arriba de cajas, las cuales si se pensaba bien no eran demasiadas para la mudanza de tres personas. Sin embargo, habían comprado la casa amueblada (una ganga, decía su padre, la casa era para cinco personas y se la habían vendido a un precio considerablemente bajo, como si quisieran venderla pronto) y lo único que llevaban dentro de las cajas eran otras pertenencias, como ropa de cama, recuerdos y libros. Owen llevaba sus libros de historia dentro de un par de cajas que Opal le puso en los brazos de inmediato después de dejar su propio bolso en el suelo.

—Toma. Lleva esas dentro, yo ya escogí mi habitación.

—¿Tendremos habitaciones separadas esta vez? —preguntó Owen, esperanzado. Opal sonrió revelando el hueco entre sus dos dientes delanteros y asintió con felicidad.

—Parece ser que sí.

La vez anterior habían tenido que dormir en un incómodo camarote compartido, en una habitación tan pequeña como una ratonera, durante al menos un año, cuando vivían en una cabaña en Florida. El calor de allá era asfixiante, el clima ridículamente volátil y la casa era horrible y pequeña. A Owen le agradaba haber huido de aquel horrible agujero del demonio. En esta casa, aunque fuera inquietante desde fuera, tendría su propia habitación, lo cual era un alivio. Dormir con su hermana era la cosa más incómoda de este mundo y Owen lo odiaba desde que eran niños. Opal parecía odiar compartir habitación con él también, así que estaban a mano.

Se conocían mutuamente desde que habían nacido y sus peores hábitos eran lo que el otro mejor recordaba. Habían compartido habitación en varias ocasiones desde que fueran pequeños, pero no les hacía ninguna gracia a ninguno de los dos la situación.

Físicamente, Opal y Owen eran muy parecidos; ambos tenían los ojos grises y el cabello claro, ambos tenían la misma nariz y aunque Owen fuese más alto, Opal era alta también con unas largas piernas que a los amigos de Owen siempre les encantaba alabar. Tenían contexturas parecidas, y formas de rostro parecidas, pero sus personalidades eran totalmente opuestas. Mientras Opal era explosiva y sus emociones parecían viajar en espiral y escalar de cero a cien en una única marcha, Owen era más pausado, incrédulo y tranquilo.

—¿Se apresurarán y entrarán a la casa? —llamó su padre pasándose la mano por la barba nerviosamente. Era un gesto común suyo, al igual que empañar las gafas cuando estaba exhaltado o subírselas sobre la sudorosa nariz. Era un hombre alto y fornido, parecía más un profesor de educación física que uno de literatura. Llevaba una gran barba de oso y usaba gafas, así que el padre de Opal y Owen parecía una caricatura de un profesor algo extravagante. Ahora mismo traía una camisa sin mangas que mostraban sus generosos músculos. Tenía toda la pinta de un despistado obrero, de no ser por las gafas olvidadas en la cabeza—. ¿O tendré que entrar todo yo solo?

—Ya vamos, papá —dijo Opal caminando por delante de Owen. Owen la siguió sin titubear ni un instante, sabiendo que una mandona Opal era

peor que cualquier cosa que le pudiera pasar.

Entraron a la casa, que estaba fresca en comparación con el húmedo y caliente ambiente de afuera, y Owen sólo se pudo quedar mirando como un idiota el interior caoba de la casa. Había una escalera a la izquierda y el comedor estaba frente a ellos, con una gran ventana que conducía al patio con una pequeña terraza fuera. Opal dobló directamente y subió por las escaleras hasta las habitaciones superiores con su bolso a cuestas, y Owen la siguió silenciosamente con las cajas en las manos. La casa era bonita por dentro, y más espaciosa de lo que se esperaba Owen dado lo pequeña que se veía desde afuera. Eso sí, se respiraba un extraño aire cerrado que le provocaba un mal sentimiento a Owen, como si alguien hubiera muerto dentro. Quizá era así y por eso la casa no le gustaba.

—Tu habitación es esa —señaló Opal a través del pasillo, hacia la puerta del fondo. Por supuesto, Owen suponía que era el cuarto más pequeño, porque de lo contrario su hermana no habría ido a escoger primero. Lamentablemente había perdido la oportunidad de pelearse con ella por una habitación al menos lo suficientemente justa.

Owen abrió la puerta y le pegó un empujón con la espalda para adentrarse en la abierta habitación. Era el cuarto con la ventana grande que se podía apreciar desde afuera. Tenía un gran alféizar que probablemente Owen llenaría de cojines y cosas varias. Había un colchón sobre un soporte de cama y unas estanterías pegadas a la pared que Owen supuso que no se podrían quitar, pero que parecían ser el perfecto nido para sus queridos libros de historia. Dejó la caja sobre la estantería más baja y se sentó sobre la cama, que olía extrañamente a polvo, aunque no parecía sucio. Observó alrededor; las paredes era de un tono amarillo vomitivo, eso no le gustaba para nada. Pero la ventana era linda, así que se acercó a ella para mirar hacia afuera. Allí abajo estaba su padre descargando cajas y apilándolas como si fueran almohadas, aunque Owen estaba seguro de que eran bastante pesadas. Todo un físicoculturista.

Paseó la vista por la calle, que estaba absolutamente desierta, cosa que se le hacía extraña. Ni vecinos fisgoneando, ni regando las plantas, o cualquier otra cosa. Hasta que vio a la chica en la ventana.

Estaba en la casa de al frente, y miraba hacia la casa de Owen con verdadero interés. Tenía el pelo gris, pero de una bonita sombra púrpura, pelo atado en dos trenzas. La chica eguía con la vista a Opal, hasta que ella se perdió dentro de la casa y sus ojos se toparon con el chico, quien medio sorprendido movió la mano para hacer un saludo. La chica simplemente sonrió y corrió las cortinas.

2.

—¡Abra! ¡Baja ya!

Abra cerró el libro que estaba leyendo desde el ático de su casa, algo sobre espejos y dimensiones, algo muy interesante. Su gata Madame se apretujó contra sus piernas envueltas en botas altas cuando ella se puso de pie, dejando el libro sobre el baúl de las cosas que se suponía no debía tocar. Tomó a su gata para poder bajarla al primer piso y cerró la trampilla que la podía llevar al ático, su lugar favorito de la casa. Usualmente no hacía lo que le decían que no hiciera, pero este era un caso particular. Y su madre no sospechaba nada, gracias al cielo. Madame la siguió mientras ella bajaba las escaleras hasta el primer piso y entraba a la cocina, donde su madre cocinaba algo que olía a tomillo desde los fogones. Una olla enorme ocupaba al menos dos fogones de los cuatro que había allí disponibles, y su madre tenía el pelo negro y rizado hecho un desastre dentro del rodete que se había hecho. Cuando Abra carraspeó, Samara (su madre) volteó a verla y le lanzó algo rojo colgando de una cinta.

Abra lo atrapó al vuelo y lo observó; era un saquito rojo lleno de especias —a juzgar por el olor— y con unas runas antiguas dibujadas en dorado con un lápiz. Abra sonrió.

—¿Para los nuevos vecinos, ma? —preguntó con diversión—. ¿No crees que es muy pronto como para presentar a la loca vecina y a su hija?

Samara le dedicó una mirada de advertencia.

—Cuidado con ese tono, jovencita —la apuntó con la cuchara de madera—. Tú sólo ve, haz un par de amigos.

—Sí tengo amigos, ma —dijo Abra entonces, para defenderse. Su madre soltó una risa que más bien parecía un resoplido—. ¡Sí los tengo!

—Madame no cuenta.

—Madame es mi amiga incondicional, pero, ¿qué hay de... de...? —Abra se quedó callada. La verdad es que en realidad no tenía amigos, eso era cierto. Demasiado rara como para los demás. En la escuela la llamaban “bicho raro”, cosa que no le hacía gracia. Sin embargo, en vez de intentar debatir un poco más, sólo suspiró y murmuró un “muy bien” antes de darse media vuelta y salir de la casa, dejando a una maullante Madame adentro. Su gata se empeñaba a seguirla a todas partes, como si pudiera protegerla en el proceso. Pero era una simple gata, y no podía andar siguiéndola a todas partes. Era una tortura dejar la casa en las mañanas

cuando tenía que irse a la escuela.

Cruzó la calle hasta la desvencijada camioneta que estaba frente a la casa, repleta de cajas. Y había más de esas, algunas incluso estaban en el suelo. Abra pensó que era una suerte que estuvieran en un buen vecindario, porque en cualquier otro lugar se habrían robado todas sus pertenencias de inmediato.

—¿Hola? —llamó con el regalo en la mano. Nadie respondió, pero se escuchaba trajineo desde dentro. Atravesó la reja y entró al jardín, desde donde un pequeño gnomo la saludaba con las mejillas enrojecidas. Abra le devolvió el saludo y luego se dedicó a admirar la casa.

Era bastante distinta a la suya, como lo eran todas las del vecindario. Una característica de Roseville era que usualmente las casas de un mismo vecindario no se parecían en nada. Y eso a Abra le agradaba, le daba una sensación de mayor individualismo entre los habitantes.

Tan absorta estaba en admirar la bonita casa de ladrillo rojo que no se percató de que estaba caminando hacia un chico, que chocó contra ella y la hizo tropezar con sus propios pies para caer al suelo. Lo miró molesta, pero no podía verlo bien por el reflejo del pálido sol oculto tras las nubes blancas; sólo veía que le había tendido una mano. La aceptó y él tiró de ella para que se pudiera poner en pie.

—Oh, hola —la saludó el chico que la había tirado al suelo.

—Gracias —dijo Abra a regañadientes. Apretó el puño que envolvía el regalo y miró con curiosidad al chico. Era más alto que ella como por veinte centímetros, o más (toda una cabeza), y tenía el cabello de un castaño claro y los ojos grises. Abra estaba segura de haberlo visto antes.

—Oye, ¿no eras tú quien nos espiaba por la ventana? —preguntó el chico con una media sonrisa, como diciendo “te pillé”. Abra cayó en la cuenta de que en realidad sí había estado mirando a los nuevos vecinos, y que a él lo había visto por la ventana antes de retomar su lectura un par de segundos después.

¿Cómo se llamaría? Era algo con O, estaba segura. ¿Quizá Orson, Oswald?

—Pues sí —respondió con una sonrisa segura, y extendió su mano. Adivinaría antes de que él le dijera—. Soy Abra. ¿Tú eres Owen?

Él puso una expresión de asombro absoluto que le provocó muchísima gracia; tuvo que contenerse para no echarse a reír frente a él. Owen abrió mucho los ojos y asintió lentamente. Pero después de llegar a una

conclusión lógica, Abra vio que su expresión de ligero miedo se transformaba en una tranquila.

—Sí, soy Owen. Me imagino que lo habrás escuchado desde en frente —apuntó él. Abra pensó que si así se sentía más tranquilo, que lo dejaran así.

—Claro —repuso ella—. Tengo buen oído. Como sea, venía a dejarle algo a tu familia —dijo entonces—, de parte de mi madre. Es algo muy especial, y tienes que colgarlo afuera, en un lugar visible. Preferiblemente la puerta.

Tomó la muñeca de Owen e hizo que su mano quedara con la palma hacia arriba, abierta. Luego depositó la bolsita de hierbas sobre la palma abierta.

Owen frunció el ceño y la tomó entre sus dedos.

—¿Qué co...? —carraspeó—. ¿Qué es esto?

—Un amuleto de la buena suerte —respondió Abra—. Cuélgalo en tu puerta y tu casa estará protegida. Ga-ran-ti-za-do.

Owen la miró de reojo. Abra otra vez tuvo que contenerse para no reír ante su dubitativa expresión. Ahora creería que estaba loca, lo cual era un poco cierto.

Finalmente soltó una risita.

—Mira, sólo cuélgalo, ¿vale? A mi madre le encantará ver que por fin alguien hace caso a sus supersticiones y quizá los invite a cenar. ¿Qué te parece?

—Una cena, sólo por colgar un amuleto... Suena interesante —Owen le sonrió. Abra alzó una ceja.

—¿Lo harás? —preguntó. Owen asintió.

—Claro. Déjame ir por un clavo y un martillo, papá debe estar usándolos... ¿por qué no pasas? Tengo una hermana melliza también, seguro quiere conocer a la vecina. Ven, vamos —la llamó con la mano. Abra lo siguió y entró vacilante a la casa. Owen se metió en la cocina, donde estaba su padre; por lo que pudo apreciar Abra, era un hombre de buen aire, barbudo y con un par de lentes resbalando por su nariz. La saludó con una mano y le entregó el clavo y el martillo a su hijo, antes de salir de la casa a buscar más cajas.

En cuanto salieron de la cocina bajó la hermana melliza de la que Owen le había hablado. Abra la reconoció por su increíble parecido al chico con el que había hablado minutos antes. Ella paró de golpe en cuanto los vio, y se acercó a ellos con un paso seguro y alegre.

—¡Hola! ¿Y tú quién eres? —espetó de sopetón, acercándose a ellos.

Abra sonrió.

3.

Opal contempló a la chica del pelo lila, quien le estaba sonriendo. La miró de pies a cabeza y luego miró a su hermano sin ninguna idea de ser educada. Le llamaba la curiosidad, eso era todo, ni siquiera era consciente de que estaba siendo maleducada. A la chica, que se llamaba Abra como recién le había dicho, no parecía molestarle en todo caso. Más bien, hasta parecía divertida.

—Ah, bueno Abra... Debes de estar aburrida aquí con mi hermano, ¿por qué no me ayudas a acomodar mis cosas?

—La verdad es que... —Owen parecía que iba a interrumpir, pero Opal no hizo caso y tomó la mano de Abra para arrastrarla escaleras arriba. Abra soltaba risitas aquí y allá, y Opal la soltó una vez estuvieron dentro de su habitación, pintada de un hermoso color azul pastel. La verdad es que había escogido el cuarto más espacioso antes que el tonto de su hermano, y estaba bastante satisfecha con su elección. Tenía una buena iluminación y la cama era bastante grande, plantada en medio de la habitación. Primero había que guardar la ropa en el armario y después hacer la cama, así que se pusieron a sacar ropa de los bolsos y guardarla.

Para hacer conversación, Opal preguntó acerca de si llevaba mucho tiempo viviendo en Roseville.

—Ah, sí, muchísimo —respondió Abra doblando camisetas—. Desde antes de nacer mis antepasados ya vivían aquí. Y hablo de mucho, mucho tiempo.

—¿En serio?

—Sí, colgaron a mi tatara-tatara-abuela por bruja hace milenios. Desde entonces mi familia tiene mala fama, para que sepas con quién te estás metiendo.

—¿Ah, sí? ¿Y eres bruja tú también? —preguntó medio burlonamente Opal. No creía en brujas ni nada de eso, aunque era una ferviente creyente de los horóscopos. Era géminis y fiel a la descripción de su signo.

—Sólo a medias. —Abra le guiñó el ojo. Opal rió, esa chica le caía bien.

Además, su estilo era genial; traía unas botas altas a cordones con unas medias que le cubrían las rodillas y unos shorts negros con una polera a rayas, y una chaqueta verde que le colgaba junto a las piernas, que se había quitado y dejado sobre el puff rojo de Opal. Todo un look de otoño algo grunge.

—Entonces, ¿conocías a los que vivían aquí antes que nosotros? —preguntó Opal cautelosamente. Abra se detuvo un instante de su tarea de doblar camisetas y la miró desde el otro lado de la habitación.

—Oh, sí —respondió escuetamente. A Opal aquello le llamó la atención.

—¿Y bien? ¿Qué clase de personas eran?

—De la clase... Bueno, no podría encasillarlos, o encasillarla más bien —Abra frunció los labios—. La señora Abbey era algo extraña.

—¿Extraña cómo?

—Bueno, vivía atormentada por alguna razón. Y no venía a las juntas de vecinos ni a nada. Apenas salía de la casa, aunque conmigo se llevaba bien. Era una señora buena, pero parecía sufrir mucho después de que sus hijos murieron.

—¿Cómo murieron? —preguntó Opal, aunque por la expresión en la cara de Abra estaba segura de que no había sido buena idea preguntar.

—Ella nunca me lo dijo, la verdad —respondió Abra, y Opal casi suspiró aliviada hasta que la chica continuó—. Pero sé que murieron dentro de la casa.

—¿Qué? ¿De verdad? —Opal abrió mucho los ojos.

—Sí, cuando eran niños. Uno se cayó por las escaleras y el otro... el otro se colgó. Algo horrible. Todavía se habla de ello a veces en las reuniones del pueblo.

—No puede ser —Opal se cubrió la boca con las manos—. ¿De verdad?

—No bromeo. Igual, sólo son rumores, no estoy segura de si es la versión oficial de los hechos. —Abra se encogió de hombros—. No te preocupes. ¿No creerás que la casa está embrujada, o sí?

—No, nada de eso. Pero lo encuentro particularmente horrible. —Opal suspiró—. ¿Qué le pasó a la señora Abbey? ¿Está viva aún?

—Ah, sí —comentó Abra como a la pasada—. Ahora vive en la única institución mental de Roseville.

Capítulo 2

1

Dalia Jones caminó por la calle con el cabello revuelto, rebuscando dentro de su bolso las llaves del viejo mazda de segunda mano que con tanto esfuerzo había podido comprar, después de meses de ahorrar su paga como mesera en un bar de motoqueros junto a la carretera, a la salida de Roseville. A Dalia no le gustaba mucho su trabajo, pero era eso o bailar en un poste, así que no le quedaba más remedio. Y no tendría ningún problema con bailar, pero su religiosa madre no lo aprobaba, incluso viviendo a miles de kilómetros de distancia de su hija. Aun así era capaz de controlarla un poco, y Dalia llevaba meses ocultando el lugar en donde trabajaba.

Y ahora mismo estaba muy azorada como para divagar acerca de esas cosas. Había ido al cine con un chico que realmente le gustaba mucho, Jerry. Él era lindo y parecía bueno, lo había conocido un par de días atrás cuando él caminaba perdido por la calle. Dalia estuvo más que dispuesta a darle indicaciones e incluso llevarlo al lugar que estaba buscando. Aparentemente era nuevo en el pueblo y era una dulzura total, no del tipo de Dalia (ella los prefería rudos, con cierto aire a chico malo), pero se volvería el tipo de cualquiera con esos ojitos. Y si no se estaba yendo a casa con ella ahora mismo, era porque ella quería estar segura antes de dar el siguiente paso. Aunque ganas no le faltaban.

Se mordió el labio y sonrió cuando encontró las llaves. Comenzó a buscar su auto llave en mano, concentrada en ver algo dentro de aquella parcial oscuridad interrumpida únicamente por algunos faroles defectuosos. Jerry se había ofrecido a llevarla al auto, pero Dalia se había negado. Si hacía eso su auto-control se esfumaría y lo estamparía contra el auto en un solo instante, y Dios sabe qué más, en plena calle para peor. Mejor no.

«Dalia».

Dalia se detuvo de golpe y miró a todos lados. ¿Quién llamaba su nombre? Lo peor de todo es que la voz había sonado bastante cerca, pero Dalia no era capaz de localizar a la persona.

—¿Jerry? ¿Me seguiste? —preguntó al aire, sin dejar de buscar—. Porque es lindo que te preocupes, pero de verdad no necesito que...

«Dalia».

—¿Ho-hola?

Nadie respondió, sólo el sonido del viento que azotó contra su cabello y su falda. Le provocó un escalofrío para nada placentero y Dalia se percató de que la voz no parecía salir desde afuera, sino desde dentro de ella. Como si fuera su propia mente jugándole una mala pasada.

«Hola, Dalia».

La voz era profunda, de algo ciertamente tenebroso. Y seguía siendo una voz que salía de su interior.

Dalia tomó aire, nerviosa, y luego negó con la cabeza.

—No puedo ser yo, debe ser el cansancio...

«No es el cansancio, Dalia».

—¡No! —Dalia se tomó la cabeza con las manos—. ¿Qué diablos?

Una risa rasposa, como de algo que se arrastra, recorrió sus oídos en un zig zag que la dejó algo mareada. Comenzaba a dolerle la cabeza.

—¿Quién eres? —preguntó, a la espera inútil de que algo respondiera.

—Junto a ti, amor —susurró alguien junto a su oído. Dalia dio un respingo y notó la presencia de alguien detrás de ella. Volteó lentamente, sintiendo su corazón a mil. A estas alturas estaba muy asustada y no sabía exactamente qué estaba pasando.

Detrás de ella estaba Jerry, quien le sonreía con diversión.

—Dios mío, Jerry... Casi me matas del susto —dijo Dalia apoyando la frente en su pecho y envolviendo la tela de la camisa de Jerry en su puño. Él pasó su mano por la cabeza de Dalia, acariciando su cabello.

—Tranquila, estoy aquí. ¿Pasó algo?

—Sí, te juro que oí una voz... —Dalia alzó la cabeza y miró a los ojos a Jerry, cuya sonrisa perpetua comenzaba a asustarla. Sus ojos lucían diferentes, se dijo a sí misma Dalia. Como si no fueran los mismos...

—¿Una voz? ¿Y qué con eso?

—Yo... —Dalia se apartó de Jerry con brusquedad. Él seguía sonriendo y sus dientes se habían vuelto afilados. El vello de la nuca de Dalia se erizó y algo dentro de ella misma le dijo que corriera.

Y eso hizo, pero no hubo manera.

Nadie escuchó sus gritos.

2

Owen bajó a desayunar aquel lunes, tres días después de su llegada a Roseville. La verdad no había sido capaz de dormir demasiado bien, por alguna razón que no llegaba a comprender. Continuaba escuchando estos ruidos donde no los había y teniendo sueños extraños y agotadores, que le sorprendían por su larga duración pese a que según el reloj habían sido únicamente un par de minutos desde la última vez que se había dormido. Y sólo era capaz de recordar parcialmente, trozos sueltos que no le hacían ningún sentido pero que le provocaban cierto miedo porque ninguno era bonito. La mayoría de los protagonistas de sus sueños eran cuervos, sombras y ojos rojos en medio de la oscuridad, además de un grito de mujer y una chica de la cual no recordaba bien el rostro. No estaba seguro de de qué se trataban todas esas tonterías, pero no creía que fuese nada bueno.

Con la cabeza pesándole bajó los escalones y caminó hacia la cocina, donde Opal bailoteaba alguna canción que salía de la radio mientras preparaba tostadas, y su padre leía el periódico sentado a la cabecera de la mesa de plástico blanca de la cocina. En las mañanas no solían encender la televisión, a pesar de que tenían una algo pequeña y vieja apoyada junto al refrigerador. A su padre el ruido no le gustaba, las mañanas eran algo sagrado para él. Se debían pasar en silencio o con alguna música relajante, siempre acompañados de café y algo para leer.

Owen se dejó caer sobre una silla junto a su padre y se masajeó las sienes. Su hermana hizo lo propio, mordisqueando una tostada con mermelada.

—¿Dormiste bien, hermanito? —preguntó Opal, curvando los labios al ver el deplorable estado de su hermano. Owen estaba seguro de que su sufrimiento le divertía.

—¿Parece como si hubiera dormido bien, Op? —Owen se frotó los ojos y después estornudó. Opal soltó una carcajada y su padre por fin alzó la vista de su periódico, alzando las gafas por encima de su cabeza.

—No molestes a tu hermano, Opal. Se nota que no ha dormido bien.

—Gracias, papá —masculló Owen. Se puso de pie para ir a hacerse un bol de cereales con leche, sin dejar de hablar—: ¿Saben? Creo que es el colchón. Y estoy seguro de que vi una cucaracha en el baño, papá. ¿Seguro que quieres vivir aquí? Porque yo estaría más que feliz si nos

mudáramos.

—Oh, cállate Owen —lo regañó su hermana—. La casa está más que bien. A mí me gusta mucho y la única razón por la que no te satisface es porque no te gusta el lugar.

—Es cierto, no me gusta —apuntó Owen sentándose de nuevo—. Es un lugar raro. Y ni hablar de los vecinos...

—¡De qué hablas! Abra es una estupenda vecina y su madre es muy simpática.

—Y por eso me pasó incienso por toda la ropa cuando fui a buscarte a su casa ayer. Sí, claro, terriblemente simpática.

—Ya dejen de pelear —los interrumpió el padre de Owen, dejando caer el periódico sobre la mesa—. No nos mudaremos, Owen, y Opal, es cierto que tu amiguita es algo rara.

—Son unos prejuiciosos —refunfuñó Opal cruzándose de brazos, pero eso la dejó callada por un rato. La leche fresca despejó un poco la cabeza de Owen, pero estaba seguro de que seguía teniendo la misma cara de cadáver que notó una vez entró al baño para lavarse la cara.

—Miren esto —dijo entonces el padre de los chicos.

Les mostró la portada del periódico, una gran fotografía de una chica joven con cabello liso y bonitos pómulos. Arriba se leía en grande "DALIA JONES, ENCONTRADA MUERTA EN UN CALLEJÓN DEL CENTRO", y abajo se podía ver la corta edad de la víctima, veintiún años. De lo que Owen leyó a la rápida antes de que su padre retirara el documento de su vista, fue que Jerry Goldstein era el principal sospechoso, su novio, porque era el último que la había visto viva. Además, su cuerpo no demostraba ningún signo de traumas, no había ingerido nada tóxico y ninguna herida se podía ver en su cuerpo. Sencillamente, estaba muerta. La causa era, sencillamente "infarto". Sólo que Dalia Jones no tenía ninguna clase de enfermedad relacionada con el corazón y era muy joven. Tampoco estaba bajo ninguna medicación específica que hubiera podido provocar aquella disfunción en su corazón. Y nadie podía explicárselo.

—Qué extraño —comentó Opal. Fruncía el ceño y parecía muy ensimismada en sus pensamientos, pero Owen estaba petrificado. Estaba seguro de que había visto a esa chica en algún lado, lo cual era imposible porque él no había abandonado la casa en todo el fin de semana. Pero se le hacía tan familiar...

—Owen, ¡Owen! —Opal tronaba sus dedos frente a su rostro, hasta que Owen por fin volvió a la realidad. Enfocó a su hermana, quien suspiró y

torció el gesto—. Por Dios, ¿acaso no me escuchas?

—Estaba distraído, lo siento. ¿Qué dijiste?

—Que tenemos que prepararnos para la escuela, llegaremos tarde.

—Los puedo llevar en la camioneta si quieren —ofreció su padre. Opal negó con la cabeza.

—No, Abra nos llevará a la escuela a pie, no queda muy lejos. ¡Vamos!

3

—Eres un rarito, ¿lo sabías? —comentó Daichi jugueteando con la pelota de goma que Robin mantenía en su escritorio sagradamente. Era una de esas pelotas que se aprietan, para la ansiedad.

—¿Por qué sigues diciendo eso? No soy raro... —se quejó Robin, sentado frente a la ventana con los binoculares colgando de su cuello. Su pelo castaño oscuro estaba hecho un desastre, ya que Robin no era muy dedicado a él; no le gustaban los productor para el cabello que no fueran el shampoo, y el peine no era su mejor amigo. Ni siquiera se lo secaba después de lavarlo, pero el cabello de Daichi siempre estaba peor, con las puntas sobresaliendo en cualquier dirección. Así que en realidad, su madre no tendría por qué quejarse con que necesitaba un corte.

—Eres raro —declaró Daichi—. Estás espiando a la gente que pasa frente a tu casa en vez de alistarte para ir a la escuela. Y con binoculares, ni más ni menos.

—No quiero ir a la escuela —repuso Robin volviendo a lo suyo—. Era mucho mejor cuando me educaban en casa.

—¿Qué hay con esa fobia tuya? Eres joven, deberías estar divirtiéndote en la escuela, yendo a fiestas con muchos amigos y emborrachándote por primera vez. En cambio, no mueves ni un dedo y espías a la gente a través de la ventana.

—Dame eso —ordenó Robin extendiendo la mano para que Daichi le entregara la pelota. Después de que este se la pasara, se la lanzó directo a la cabeza, pero Daichi la esquivó ágilmente. No por anda había sido beisbolista en su escuela, tenía unos reflejos excelentes. Y Robin no era ni la mitad de fuerte.

Daichi soltó una carcajada y se deslizó por la cama para ponerse detrás de Robin. De una amnera u otra y después de un pequeño forcejeo consiguió

los binoculares, con los que se dispuso a espiar gente junto a Robin. Robin simplemente suspiró y lo dejó hacer: Daichi siempre se salía con la suya.

—Oye, mira, esa chica es linda —señaló Daichi dándole los binoculares a Robin. Una chica ligeramente rubia caminaba por la calle acompañada de dos chicos: uno muy parecido a ella y una chica de cabello plateado. Daichi apuntaba a la rubia—. ¿Por qué no vas y le hablas?

—¿Estás loco? —exclamó Robin—. ¿Cómo haría yo eso?

—Fácil, te acercas y le dices "Oye, qué guapa que andas por la vida", y ya está. Sencillo.

—No sé si en tu época funcionaba eso con las chicas, pero en la actualidad las cosas no funcionan así, ¿sabes? —repuso Robin mirándolo con incredulidad. Daichi estaba loco.

—Bueno, yo sólo quería ayudar. —Daichi volvió a sentarse sobre la cama de Robin y se tiró de espaldas.

En ese momento la madre de Robin hizo aparición en la escena: abrió la puerta y se asomó, entrando después de eso. Estaba lista para su trabajo, a juzgar por su ropa formal para la oficina.

—Dios santo, Robbie —su madre era la única que lo llamaba así—, ¿todavía no sales? Llegarás tarde.

—No quiero ir a la escuela, mamá —aprovechó para decir entonces Robin, con la pequeña esperanza de que su madre se diera cuenta de que lo terrible que era aquella idea y lo dejara quedarse en casa, con Daichi.

Pero en vez de eso, su madre sencillamente se acercó a él y tomó el rostro del chico entre sus manos.

—Cariño, es importante que vayas a la escuela y rehagas tu vida. No puedes pasártela aquí encerrado. Y además, la doctora Beatrice dice que estás mucho mejor y que ir a la escuela te hará bien.

Robin suspiró, sintiendo cómo Daichi lo miraba con reprobación. Finalmente sólo pudo rendirse a lo inevitable, así que suspiró y su madre lo besó en la frente. Después ella salió de la habitación y minutos después Robin la sintió salir de la casa. La vio salir por la puerta y caminar por la calle, tranquila de que él haría lo que se esperaba.

—¿Estás bien, Rob? —preguntó Daichi cuando Robin comenzó a meter sus libros en la mochila, cabizbajo.

—Mamá cree que estoy mejor, pero eso es mentira —murmuró Robin—. Sigo estando loco.

Daichi soltó un resoplido molesto.

—Eso es lo que te quieren hacer creer. Tú sabes quién soy y de dónde vengo, Rob. Lo sabes.

Robin lo sabía.

Daichi era un japonés de los años ochenta que se le había aparecido en el hospital tres días después del accidente automovilístico de Robin, tres días que Robin se había pasado en coma. Apenas despertó, lo primero que vio fue a un sonriente Daichi apoyado contra la pared. Y después sus padres entraron a la habitación, pero cuando él preguntó por el chico de dieciocho años apoyado contra la pared, ninguno pudo explicarse por qué Robin veía algo que ellos no.

Daichi se lo explicó cuando ellos fueron a buscar a la enfermera: él era un fantasma, y por eso sus padres no podían verlo. Nadie era tan especial como Robin, pues él podía ver. Y Daichi lo protegería mientras pudiese.

La explicación que le dio la doctora Beatrice era mucho más plausible pero también más desagradable; Daichi era un producto de su imaginación, un amigo imaginario creado para que Robin pudiese lidiar con la muerte de su hermano mayor Darrell. Necesitaba de aquella figura masculina en su vida, por lo que Daichi se había creado en su mente. Y calzaba, realmente calzaba, porque Daichi tenía la misma edad de su hermano y a menudo se comportaba como él. Excepto que Daichi seguía negándolo, y a Robin le costaba aceptar la realidad de que estaba loco.

Con el tiempo aprendió a fingir que no podía ver a Daichi, y finalmente la doctora Beatrice había decidido enviarlo a la escuela con el fin de que se deshiciera de Daichi de una vez por todas. Pero Daichi seguía allí, bromeando con Robin, aconsejándolo, cuidándolo, incluso después de cinco años. Y Robin seguía sin saber cuál era la verdad.

—Lo sé, Daichi —repuso Robin—. Pero ellos no van a creerme.

—No importa que no te crean —susurró Daichi con seriedad—. Pero es importante que tú sepas la verdad: eres especial. Y eso nadie lo puede cambiar.